

El test de la CICIG

Es un crimen del siglo XXI.

Por: Edgar Gutiérrez

Mucha razón tiene Francisco Goldman. En Guatemala la brutalidad de los crímenes sitúa a las víctimas seleccionadas –después de haber sufrido la agresión mortal– en un escenario de tramas perversas y caminos crípticos. La víctima entonces es más que un objetivo en sí mismo de quienes han urdido su muerte; se convierte en un medio para enviar mensajes a terceros y alcanzar otros fines.

Es lo que Goldman llama “el arte del asesinato”; crímenes que aspiran a la perfección, o sea, a la impunidad perpetua, tras mascaradas. En la civilización florecen las artes y las ciencias, se estimula el talento de los matemáticos y físicos, se premia la creatividad de los literatos y cineastas, se celebra la genialidad de los deportistas. En la barbarie tenemos que volver cada día la mirada acuciosa sobre la crueldad humana y quedar perplejos ante su creciente refinamiento.

¿Qué se puede esperar de una sociedad que no respeta a sus muertos? Al muerto, degradado y humillado, se le despoja de toda humanidad, y después de muerto sigue siendo visto como símbolo de ideologías, representante de intereses políticos o de negocios. Antes que despertar la conmoción unánime, es un nuevo motivo para la confrontación y las descalificaciones. Eso no es de ahora ni de hace diez años; atravesó cuatro décadas de conflicto armado y sus raíces se hunden en una historia de despojos y reiteradas formas violentas de “acumulación originaria de capital”, como diría Marx.

Demasiada inversión en la crueldad. Aquí cabe la patente de la práctica extendida de la desaparición forzada y de la capucha de gamezán; exportamos una escuela de matanza. Nos volvimos un lugar curioso para quienes estudian modelos de terror. El Estado, atravesado por los poderes fácticos que se han abrogado la “razón de Estado”, ha perdido el monopolio de la fuerza, no sólo en términos legales sino, más grave, legítimos. Por eso es fácil desfondarlo fiscalmente y seguir cavando, sin que sea el propósito buscado, la ruina de la comunidad entera.

Goldman se sumergió en ese inframundo durante más de diez años buscando las verdades ocultas detrás del asesinato del obispo Juan Gerardi y lo que nos dejó en su investigación es, en palabras de Erich Fromm, una escalofriante anatomía de la destructividad humana. Pero tras ver el video que dejó Rodrigo Rosenberg anunciando su propia muerte, debe aceptarse que el crimen contra Gerardi pertenece al Siglo XX y que el abominable asesinato del domingo 10 toca otra dimensión inimaginable; es un crimen del Siglo XXI. Este es el verdadero test para la CICIG.